

L a máquina captura-huracanes

- *Buenos días, ¿ en qué lo puedo ayudar ? -, dijo la señorita Karadenada.*

- *Buenos días, señorita -, respondió en forma cortés el señor Menthe. -
¿Podría entrevistarme con el gerente ?.*

La señorita Karadenada pareció mirar a través de él. Le dio una ojeada de pies a cabeza, observando de pasada el paquete que portaba en sus brazos. El señor Menthe se sintió como si lo analizaran mediante una máquina de rayos X y supuso de inmediato que lo habían calificado como un tímido patológico, lo cual correspondía a la verdad.

- *El señor Koza está ocupado en este momento. Puede esperar su turno o volver otro día.*

- *Gracias, esperaré -, dijo el señor Menthe, mirando a su alrededor por alguna silla desocupada.*

La sala de espera se veía pequeña y poco acogedora. Los pocos y gastados asientos se encontraban ocupados, por lo cual el señor Menthe se instaló de pie en un rincón vacío. Desde allí, se atrevió a mirar la puerta de la oficina del gerente, la que mostraba en grandes letras rojas la leyenda "Investigación y Desarrollo". Lo cierto es

que la gerencia de Investigación y Desarrollo de la empresa CHILEX nunca había investigado ni desarrollado nada. CHILEX era notoria porque, más o menos una vez al año, lanzaba al mercado un nuevo producto electrónico. Su éxito se basaba en que lograba comprar a bajo precio las patentes de invención de tipos creativos pero muertos de hambre, similares al señor Menthe. Primero, el producto se probaba y luego, se producía por millares. Naturalmente, la gente creía que todas esas maravillas eran fruto del trabajo paciente, ingenioso y patriótico de CHILEX. Y el ejecutivo oportunista, persuasivo y voraz encargado de apoderarse de las ideas ajenas era el señor Koza.

El señor Menthe no había terminado de observar los detalles del lugar donde se encontraba cuando un ruido de voces se deslizó a través de la puerta de la oficina del gerente. Se escuchaba nítido que alguien increpaba a un tercero a voz en cuello. Se sintieron sonidos como de sillas u otros muebles al volcarse. La puerta se abrió hasta atrás de manera abrupta y un tipo de traje gris salió corriendo a escape, buscando la salida del edificio, mientras un cenicero volaba rumbo a su cabeza. El hombre se esfumó por los corredores en tanto el cenicero se había hecho añicos en el muro del corredor. La puerta de la oficina y todo el ambiente de la sala se vieron dominados por la presencia de un hombre corpulento, de cara rojiza, quien, con el puño en alto, vociferaba contra el fugado.

- ¡ Desgraciado !. Atreverse a intentar a estafar a CHILEX !. ¡ Nadie jamás ha podido engañar a Koza !. ¡ Que no te vuelva a ver por aquí o tendrás que

darle por muerto! -, voceó el gerente, después de lo cual dio una mirada asesina a los que esperaban y cerró tras de sí la puerta con estruendo.

El señor Menthe, con su paquete en brazos, al que protegía amorosamente cual lactante, sintió como si fuese culpable de algún delito, como si hubiera sido el causante de la justa ira de aquél dios olímpico que se dignó a mostrarse ante los mortales. Incluso, sin darse cuenta, se había ruborizado. Se quedó rígido en su rincón, esperando que lo expulsaran o, al menos, que lo reprendieran. Hasta ensayó mentalmente algunas respuestas, por si acaso, tales como “yo no tengo ninguna relación con el individuo que salió corriendo”, o “¿yo?, no, nunca lo había visto”, o “estoy esperando mi turno”, o “a la secretaria le consta que no me he movido de aquí”, y otras estupideces por el estilo. Sólo después de una media hora se percató que era el único que seguía esperando. Las pocas sillas estaban vacías. El resto de los potenciales inventores había optado por desaparecer discretamente hasta que se diera una oportunidad menos cargada de violencia. Sin embargo, el señor Menthe lo interpretó como que era la hora de cerrar para el almuerzo y, lo más silencioso que pudo, decidió abandonar la sala de espera y salir por el corredor. Con alivio, estaba a punto de atravesar la puerta de la sala, cuando sucedió lo que menos esperaba.

- *Es su turno, señor -, dijo la señorita Karadenada.*

- *Yo no tengo nada que ver con ... -, murmuró Menthe en forma casi inaudible.*

- *Señor Menthe, pase por favor, el gerente lo espera -, insistió la secretaria, sorda a sus balbuceos.*

El señor Koza vestía un pantalón azul cuyo cinturón no alcanzaba a apreciarse puesto que lo cubría una imponente barriga. Tenía las mangas de la camisa blanca recogidas cerca del codo y la corbata un poco suelta. Daba la impresión de un acalorado hombre de negocios. Recibió al señor Menthe con efusividad, invitándolo a tomar asiento. Le ofreció un habano, cosa que Menthe rechazó, dándole las gracias. A continuación, le ofreció un trago, lo cual tampoco fue aceptado. Tampoco un café.

- *¡ Ah !, ¡ abstemio el hombre !. Mejor así, ¡ vamos directo al grano ! -, expresó en forma destemplada el señor Koza.*

El señor Menthe se encontraba sentado frente al gerente, con las rodillas juntas, sobre las cuales tenía su paquete, encima del cual había dejado su sombrero.

- *Yo deseo presentarle ... -, empezó a musitar el señor Menthe.*
- *¡ Destape eso y veamos de que se trata ! -, lo interrumpió Koza con brusquedad, aunque sin dar muestra de enojo.*
- *Es que yo quería explicar como ...*

- *¡ Vamos, vamos !. Desligue ese paquete y muestre lo que ha venido a mostrar ... El tiempo no está para desperdiciarlo.*

El señor Menthe colocó su sombrero a su lado, en una silla vacía. Luego, con sumo cuidado, desató las amarras y sacó las envolturas de papel que cubrían su producto. A la vista de ambos quedó descubierta una caja metálica, brillante, un cubo perfecto de unos cincuenta centímetros por lado, al parecer construida en acero inoxidable. El señor Menthe la puso con cuidado en la silla donde pocos segundos antes había dejado el sombrero, quedándose con éste en las manos.

- *Y eso, ¿ qué es ? -, dijo Koza con su vozarrón.*
- *Es una máquina captura-huracanes -, dijo el señor Menthe en forma clara pero en voz muy baja.*
- *¿ Cómo dijo ? -, inquirió el señor Koza.*
- *Una máquina captura-huracanes -, repitió Menthe con la misma suavidad de la vez anterior, como si temiera irritar a alguien.*

Una sonrisa feroz dividió en dos el rostro lívido del señor Koza y una atronadora carcajada invadió toda la oficina con sus vibraciones grotescas y destempladas. Y tras

la carcajada vino otra, y otra, otra y otra. El señor Koza se retorció de risa, haciendo caer su asiento y derribando diversos objetos de su escritorio.

- *Señor Koza, por favor, yo le ruego ... -, susurró varias veces el señor Menthe, sin ser oído, al tiempo que ponía su viejo sombrero sobre la parte superior de la máquina y hacía el inútil ademán de interponer su esmirriado cuerpo entre ésta y las risotadas.*

El señor Koza sacó un pañuelo y, tras enjugar las lágrimas de los ojos y los mocos de la nariz, se fue calmando poco a poco, lo suficiente para continuar el interrogatorio sobre su presa.

- *¿ Y cómo funciona su atrapa-tormentas ? -, preguntó sorbiendo sus líquidos nasales palabra por medio.*
- *La máquina captura-huracanes se basa en un principio dialéctico que integra en forma simultánea lo simple y lo complejo -, dijo el señor Menthe de un tirón, aunque sin abandonar su estilo susurrante de voz. Alentado por su gran osadía, continuó.*
- *Lo simple es el fundamento físico en que se sustenta y lo complejo es la delicada tecnología que se ha materializado en este aparato compacto -,*

prosiguió entusiasmado, sin percatarse que el tono rojizo habitual del rostro de Koza iba pasando paulatinamente al tinte granate.

- *El factor físico consiste en tener una condición que permita anular las diferencias de potencial entre dos masas atmosféricas de naturaleza diferente. Una, activa en exceso o huracán, y otra opuesta, de tipo pasivo o de actividad negativa. Esta última corresponde al ambiente que es capaz de generar interiormente la máquina. Virtualmente, la máquina despliega una avidez automática por devorar cualquier huracán que se presente dentro del entorno.*

- *Puede meterse toda su palabrería en el trasero -, vomitó el señor Koza poniéndose de pie, sin darse por enterado que su piel estaba casi violeta por una suerte de ira o pasión contenida a duras penas.*

- *Pero señor Koza -, tartamudeó Menthe. - Se trata de un artefacto delicado y potente a la vez, que funciona de manera casi espontánea, con sólo abrir la tapa. Mire, lo he probado simulando un huracán pequeño, algo así como un sismo grado siete de la escala de Turner.*

- *¡ Haga funcionar esa basura ahora mismo !. ¿ O pretende que le crea con mirar su linda cara y escuchar sus frases huecas ? -, rugió el gerente.*

- *Es que se trata de un asunto serio, señor Koza. Hay que tomar resguardos que no parece posible conseguir aquí ...*

- *¡ Todos dicen lo mismo !. ¿ Por quién me has tomado ?. ¿ Crees que Koza es un novato ?. ¿ Piensas que la CHILEX se va a dejar estafar y que yo voy a permitirlo ? -, vociferó Koza, mientras su sillón volvía a tumbarse y unos expedientes caían al suelo con estruendo.*

- *Señor Koza, por favor ...*

- *¡ Nada de excusas, mequetrefe !. ¡ Pon a funcionar tu baratija en este instante o asume las consecuencias ! -, gritoneó el señor Koza dando la vuelta al escritorio y dirigiéndose hacia el señor Menthe y su máquina, sin darse cuenta que derribaba un florero de la esquina de su mesa de trabajo.*

- *Señor Koza, me parece que..., es decir, yo le suplico ...-, decía Menthe con su voz suave, en tanto retrocedía instintivamente hacia la puerta, con su sombrero apretado en las manos.*

- *¡ Ni cinco minutos me demoro en poner al descubierto otro estafador más ! -, rugía Koza, haciendo temblar todo a su paso. - ¡ Haz lo que digo, bribón !.*

El señor Menthe era tímido pero no estúpido, por lo cual optó por deslizarse hacia la puerta, la que sorteó como una sombra, y la cerró rápidamente tras sí, puesto que un

pisapapeles de bronce le era enviado de regalo por el señor Koza. Antes de esto, lo último que alcanzó vagamente a percibir fue que el gerente daba un puntapié a la caja de acero inoxidable.

- 0 -

La señorita Karadenada permaneció impasible con el barullo armado por el señor Koza. Estaba acostumbrada. Permaneció inmutable también cuando por encima suyo huyó el señor Menthe. Estaba acostumbrada. Cuando dieron las doce, llamó a su jefe para recordarle la reunión de directorio. El señor Koza no contestó. La señorita Karadenada insistió cinco minutos después. Koza tampoco respondió. Pasados otros cinco minutos, entró a la oficina del gerente para avisarle en forma personal. Sin embargo, Koza no estaba allí. Tampoco había escritorio, ni sillas, ni cuadros, ni pisapapeles, ni ordenador. Nada de nada. En el centro de la habitación se encontraba únicamente una caja metálica.

La señorita Karadenada no experimentó emoción alguna con la desaparición de su jefe. Estaba demasiado adaptada a sus groserías y excentricidades. Probablemente, justificó, se mandó cambiar y puso su propia empresa aparte. Lo único reprochable, pensó, años después, era que no se molestó en despedirse.

- 0 -